

## *Miguel Hernández y Leopoldo de Luis: dos poetas comprometidos*

AITOR L. LARRABIDE (ED.)

Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2020, 132 pp.

La primera nota en positivo que debo hacer de esta obra colectiva se fundamenta en que resulta muy excepcional que de un curso universitario de verano se derive un libro y, si acaso se deriva, lo que ocurre en contadísimas ocasiones, que ese libro comprenda tan valiosos aportes como comprende el que reseñamos. Fue en el verano de 2018, y en concreto en los días 26, 27 y 28 del mes de septiembre, cuando tuvo lugar, en el *campus* orioliano de Las Salesas, perteneciente a la ilicitana Universidad Miguel Hernández, el antecitado curso veraniego, cuyo título era el mismo que se ha elegido para la portada del volumen de referencia.

El evento se organizó con motivo del centenario del nacimiento de Leopoldo de Luis (Córdoba, 1918-Madrid, 2005), siendo las entidades organizadoras la Fundación Cultural Miguel Hernández, situada en Orihuela, y la cátedra que lleva el nombre del poeta oriolano en la Universidad que también

lleva su nombre, y que tiene su sede principal en Elche. Los ponentes, y a la vez autores de los textos que integran el libro, fueron Jorge Urrutia, Aitor L. Larrabide, César Moreno Díaz, Francisco Esteve Ramírez, Luis Bagué Quílez, José Luis Esparcia y José Luis Ferris. Vamos a comentar a continuación sus respectivas contribuciones filológicas.

Jorge Urrutia, catedrático de la madrileña Universidad Carlos III, poeta interesantísimo e investigador y ensayista de audaces perspectivas, ha contribuido al libro con unas páginas sobre su progenitor, Leopoldo de Luis, a las que califica como “un fragmento amable de unas memorias” (p. 16). En un prefacio a su texto, que lleva por título “Leopoldo de Luis desde cerca. Vivencia y convivencia», confiesa que no le había parecido ético escribir un trabajo de crítica literaria sobre la obra de su padre, y que había optado por hacer una reflexión de índole, eso sí, literaria. Y esta reflexión la ha plasmado en párra-

fos muy creativos que son fruto de meditaciones de naturaleza histórica, inspirándose en la metodología narrativa bíblica del sucederse de las generaciones en el transcurso de los tiempos. De vez en vez, alude a Leopoldo de Luis y a sí mismo en momentos de sus vidas que de algún modo marcaron a cada uno.

El ángulo de enfoque que muestra Jorge Urrutia es el de quien, a estas alturas de su experiencia en la vida, ya no se llama a engaño, y aprovecha la ocasión para desmitificar ideas y creencias muy usadas, de ahí que interpele a sus lectores diciéndoles: “Ustedes solo querrán saber lo que les interese, lo que responda a lo que ya piensan y si no lo digo no me creerán y si me creen tal vez haya mentido” (p. 14). También expresa su deseo de que “la historia de este país malhadado” (p. 17) no la tengan que volver a vivir sus descendientes ni tampoco los de quienes les sucedan.

Aitor L. Larrabide, director de la Fundación Cultural Miguel Hernández, firma el trabajo “*Versos en la guerra*, poemario de Miguel Hernández, Leopoldo Urrutia y Gabriel Baldrich. No es la primera vez que este activísimo y fecundo hernandista se ocupa de la obra de referencia, la cual tiene tantas particularidades que resaltar. Ya

se había acercado a ella cuando la rescató a fines de 2009 en edición facsímil a partir de la original de diciembre de 1938, y gracias a la conservación de un ejemplar en poder de Vicente Mojica.

El autor del estudio describe en primer lugar el contenido textual del libro, comenzando por su prólogo, redactado por Carlos Schneider, quien a la sazón era presidente del Comité Provincial de Socorro Rojo Internacional en Alicante. En este preliminar resaltaba, explica Larrabide, un par de aspectos relevantes de la obra: el aval literario que Miguel Hernández otorgó a los otros dos poetas, y la circunstancia de que cuanto se obtuviese por la venta de cada ejemplar se destinaría en/a beneficio “de los luchadores y de las víctimas del fascismo invasor” (p. 22).

Resulta singular que la edición saliese en su día al cuidado de Alejandro Urrutia, padre de uno de los tres poetas antologados, cuyos poemas presentan variantes que, de confrontarse con esos mismos textos, pero en otras ediciones, darían no poco juego filológico. Los versos hernandianos que se recogieron en esta obra ya habían aparecido en *Viento del pueblo*, según puntualiza Larrabide, detallando después quiénes fueron los ilustradores, y

contextualizando a los personajes y las situaciones recogidas en *Versos en la guerra*. Haré referencia únicamente algunas de las noticias que resalta en una publicación que, cuando se publicó en 2009, sorprendería incluso a los especialistas en Miguel Hernández, porque en ninguna bibliografía del oriolano se había citado nunca.

Recuerda que la idea de realizar este libro nace el día 21 de agosto de 1937 en el Ateneo de Alicante, donde se celebró el primer homenaje de reconocimiento público a Miguel Hernández. En aquel acto estuvieron presentes el poeta oriolano, Gabriel Baldrich, entonces teniente del ejército, y Leopoldo Urrutia, que se encontraba en la ciudad levantina ingresado en un hospital militar tras caer herido en el frente de Madrid a causa de un balazo en una pierna. Ambos, Baldrich y Urrutia, pertenecían a la FUE en la capital de España.

Asimismo recuerda Larrabide, basándose en datos espigados en el libro de Vicente Ramos sobre la Guerra Civil en Alicante, que Leopoldo Urrutia y Gabriel Baldrich habían compuesto al alimón textos escenificables que más tarde llevaron a las tablas los actores adscritos a “Altavoz del Frente”. Datos como esos los complementa con

otros que igualmente proceden de investigaciones de Ramos, en concreto las relativas al Ateneo alicantino, así como las que figuran en el libro que el citado hernandista llevó a cabo con Manuel Molina, y al que pusieron el título de *Miguel Hernández en Alicante*.

En los epígrafes que siguen Larrabide proporciona informaciones pertinentes sobre Carlos Schneider y sobre Socorro Rojo Internacional, un organismo creado por el Partido Comunista de España y en el que, lógicamente, primaba la ideología que este defendía, aunque también el ideario de las Juventudes Socialistas Unificadas. Este nuevo aporte al hernandismo del director de la Fundación Cultural Miguel Hernández finaliza con un apéndice de alto gran interés. En él se reproducen cuatro textos de A. U., es decir de Alejandro Urrutia. Refiriéndose a Miguel Hernández, A. U. aduce palabras valiosísimas, y que no desmerecerían al lado de las que pudieran esperarse de expertos hernandianos, lo que presupone el afortunado ámbito cultural doméstico en el que creció Leopoldo de Luis. Alejandro Urrutia realiza también la presentación de los dibujantes, reconociéndoles sus méritos.

César Moreno Díaz, director de la Biblioteca Pública Fernando

de Loaces, de Orihuela, ha colaborado en el volumen con el trabajo “Leopoldo de Luis, editor hernandiano. El texto, como era de prever en un hernandista tan curioso, agudo y puntualizador, está repleto de noticias de gran enjundia, algunas de ellas muy llamativas. No voy a detenerme en todas ellas, sino tan solo en algunas.

Es bien conocido cuán juanramoniano fue Miguel Hernández, quien llegó a decirle al moguereno, imagino que hiperbólicamente, que había leído nada más y nada menos “cincuenta veces” su *Segunda antología poética*. Y como era de suponer, y Moreno Díaz confirma, el poeta oriolano consta que había tenido en préstamo, tomándolo de la Biblioteca Pública de Orihuela, este libro que en tantas ocasiones leyó y releyó, aunque estas distasen del medio centenar.

Otra perla informativa: Alejandro Pérez Martínez, el escritor conocido como Francisco Umbral, era hermano de Leopoldo de Luis, ya que ambos fueron hijos del mismo padre. Alejandro nació de una relación que su progenitor mantuvo en Valladolid con Ana María Pérez Martínez. En el Registro civil se unirían el nombre de pila en memoria del de su padre, y los apellidos maternos.

Noticias de relieve también son las que leemos en fragmentos seleccionados de cartas de Vicente Aleixandre a Josefina Manresa. Por esas líneas uno se entera de que Leopoldo de Luis participó de manera indirecta en la edición de las *Obras completas* de Miguel Hernández que estamparía Losada en 1960. En aquel tomo memorable encuadernado en rojo se dice: “Edición ordenada por Elvio Romero y cuidada por A. R. Vázquez”. Ordenasen y cuidasen o no lo que les llegó a sus manos, lo incontestable fue que nada pudieran haber ultimado sin que les enviasen a Buenos Aires unos materiales literarios que no hubieran conseguido sin la ayuda de Aleixandre, y también de Leopoldo de Luis. Los dos poetas andaluces colaboraron también decisivamente en que pudiera realizarse la *Obra escogida* hernandiana que publicó Editorial Aguilar en 1952, en edición a cargo de Arturo del Hoyo.

Moreno Díaz reconstruye en su trabajo las vicisitudes que antecedieron a la inserción en la revista balear *Papeles de Son Armadans* de “Dos páginas inéditas de Miguel Hernández”, en la entrega publicada en diciembre de 1961. Los textos del oriolano que ahí se incluyeron son “Mi concepto del poema

(Pregunta y respuesta del lector y del poeta)” y “Tu puerta no tiene casa”. Josefina Manresa iba a percibir seis mil pesetas como compensación, una cifra en por aquel entonces bastante elevada, sobre todo si se tiene en cuenta que Vicente Aleixandre le había dicho, un año y medio antes de que ambos textos apareciesen, que la cantidad que podría obtenerse de los admiradores de su marido rondaría las mil. Leopoldo de Luis escribió una nota a esta edición de inéditos.

En 1969, Alfaguara, regida en aquellas fechas por Jorge Cela Trulock, publicó la recopilación de composiciones de Miguel Hernández *Poemas de amor*, labor de la que se hizo cargo Leopoldo de Luis. El volumen iba a editarse de nuevo cuatro años después, pero con el sello de Alianza. Moreno Díaz aporta al respecto informes de la censura en los que se observaba la destreza del compilador tratando de evitar la inclusión de textos que hubieran podido contribuir a que la edición no fuese autorizada por la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos.

Esta contribución al hernandismo por parte de César Moreno Díaz finaliza con la recuperación del poema de Leopoldo de Luis titulado “La acechanza: (Homenaje

a Miguel Hernández)”. Este texto ha de enfatizarse mucho, entre otras razones porque no figura en la obra poética completa del autor cordobés. Los versos transcritos reproducen los de esta composición tal como fue publicada en un cuadernillo que, junto a otros, se subastó en marzo de 1978 “en Homenaje a Miguel Hernández”. Su lectura permite observar estímulos hernandianos en el tejido poemático, donde se engastan distintas intertextualidades, la mayoría remitiéndonos a *El hombre acecha*.

Son dos las colaboraciones para este libro efectuadas por Francisco Esteve Ramírez, presidente de la Asociación Amigos de Miguel Hernández, entre otros méritos que podrían alegarse de este hernandista, entre ellos el de haber sido exdirector de la cátedra Miguel Hernández de la Universidad Miguel Hernández, y la importancia de haber desempeñado una cátedra de periodismo en la Universidad Complutense. A su ponencia le puso el título de “Leopoldo de Luis, entusiasta hernandiano”. A continuación del texto de la misma figura también una entrevista suya hecha a Leopoldo de Luis, y difundida por radio a fines de 1991.

En su trabajo, Esteve Ramírez va dando cuenta de las sucesivas

ediciones que Leopoldo de Luis realizó de la obra hernandiana, desde la *Obra poética completa* que puso en circulación ZeroZyx hasta la antología *La savia sin otoño*, que aparecería en 1991 en edición del Círculo de Lectores. Resultan muy curiosos los pormenores que nos evoca en relación a la primera de las obras citadas, cuyo título fue *Obra poética completa* con el fin de que fuese en detrimento de los derechos de Losada respecto a la cabecera *Obras completas*. Salvando algunas reticencias en el seno de ZeroZix relativas al coste de la edición, al cabo resultó que hacerla, tarea que llevaron a cabo Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, supondría un éxito rotundo, convirtiéndose ese título en el *best-seller* del catálogo de la editorial.

Esteve Ramírez dedica un epígrafe a *Versos en la guerra* y más de uno a *Poemas de amor*, libros en los que no vamos a detenernos, pues ya hemos hablado de ellos al comentar los estudios de Larrabide y de Moreno Díaz. Pasemos, pues, a otros proyectos que llevaron a cabo conjuntamente Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. En 1981 se encargaron de editar, al amparo de la Casona santanderina de Tudanca, el facsímil de *El hombre acecha*, edición realizada a partir

de un ejemplar impreso de la que tuvo prevista su salida en 1939, pero que no llegó a publicarse. Tres años después, los mismos editores elaboraron una muy notable edición de la obra mencionada junto a *Cancionero y romancero de ausencias*. La incorporó Cátedra a la serie Letras Hispánicas.

No deja de señalar Esteve Ramírez algunos rasgos dignos de resaltarse en las pautas de edición seguidas por Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Por lo que hace a la *Obra poética completa*, pondera que la ordenación de los textos se hiciese ateniéndose a un criterio no tanto cronológico como temático, y que en un apéndice decidiesen agrupar las creaciones más tempranas del poeta. Tocante a *El hombre acecha*, señala la utilidad de las cuatro secciones deslindadas por temas que los editores advirtieron en esta obra. Y respecto a *Cancionero y romancero de ausencias*, subraya que ofreciesen a la discusión filológica una problemática tan interesante como la de si los 119 poemas de que consta ese título han de ser considerados como tales, o en realidad se trata de “un único y largo poema fragmentado” (p. 64).

Una expresión hernandiana perteneciente al poema “El herido” iba a servir a Leopoldo de Luis

para titular la antología del oriolano *La savia sin otoño*. La desplegó en cuatro secciones temáticas, procurando que en el volumen se reflejasen, como explica Esteve Ramírez, “épocas y matices, tendencias y temas” (p. 65). Leopoldo de Luis juntaría varios aportes propios en forma de artículo en su libro de 1994 *Aproximaciones a la obra de Miguel Hernández*, editada en Madrid por Ediciones Libertarias/Prodhufi. Refiriéndose a esta obra pone fin Esteve Ramírez al texto de su ponencia.

Leopoldo de Luis respondió por escrito a la entrevista que le hizo Francisco Esteve Ramírez para un medio radiofónico en 1991, como arriba decíamos, y lo que en este libro se recoge es el contenido de la libreta donde están escritas las respuestas. De ellas me interesan algunas en especial. Por ejemplo, el recuerdo de las tres veces que el poeta andaluz se encontró con Miguel Hernández, y que bien pudieran haber sido cuatro si hubiese estado en su casa cuando el oriolano le trajo, dejándoselo a su familia, un ejemplar de *Viento del pueblo*.

En materia de opinión, defiende Leopoldo de Luis la existencia de la controvertida generación de 1936, y también que se considere a Miguel Hernández, por *El rayo que*

*no cesa*, a uno de los poetas de la misma. El poeta y filólogo cordobés entendía asimismo que el influjo de Aleixandre sobre Hernández había sido más “radical” que el de Neruda. Al oriolano atribuye haber legado a la poesía española de posguerra la presencia de la temática del hijo, tan reiterada sobre todo en el *Cancionero y romancero de ausencias*, obra que enjuiciaba como “una de las más hermosas y emocionantes joyas de la poesía amorosa de todos los tiempos” (p. 76).

Un extenso y provechoso estudio ha dedicado el poeta y filólogo Luis Bagué Quílez, experto en poesía española contemporánea, al libro *Poesía social*, compilado por Leopoldo de Luis, y que apareció en 1965, ampliándose el volumen en una edición posterior de 1969. Dicho estudio se titula “‘La poesía social es ya cosa del pasado’: notas sobre la *Antología* de Leopoldo de Luis”.

En contrapunto al parecer de Juan José Lanz según el cual la antología de referencia contribuyó a sepultar la estética socialrealista, Bagué Quílez entiende que dicho libro pudo responder al propósito de reivindicar “la vigencia de la poesía social cuando esta se encontraba en un período de dispersión o reformulación” (p. 79). Posterior-

mente, al recapitular lo expuesto en su trabajo, añade que la obra definió una voluntad integradora, y la sitúa en una encrucijada de excepción “entre el declive de la poesía social y el *boom* novísimo” (p.75).

Los puntos en torno a los que gira el artículo de Bagué Quílez son cuatro: la contextualización de la antología en los años en los que apareció; las poéticas que en la recopilación se recogieron; la inclusión de cuatro autoras; y las adiciones de otros poetas en la entrega ampliada de 1969. En el primer punto se recuerdan las obras iniciales (1966-1968) de los llamados “novísimos», editadas inmediatamente después de la antología, y que certificaban *a posteriori* su declive, propiciado a causa de algunos de sus lastres, especialmente el de serle achacada una escasa dimensión “estética”. Y resulta revelador que lo promovido por la leva “novísima” fuese “una poesía cosmopolita, esteticista y culturalista” (p.78).

En el recorrido por las poéticas de los autores antologados, Bagué Quílez llama la atención sobre las sustentadas por José Hierro, en la edición de 1965, y por Vázquez Montalbán, en la de 1969. Hierro delataba lo contradictorio de una poesía concebida para hacerse popular, de hecho nunca lo

fue, criticando en ella también que “hubiese sacrificado la tensión lírica en aras de la claridad” (p.80). Vázquez Montalbán ahondaría aún más en la llaga de la pretendida orientación “social” de los poetas “sociales”, y distinguió entre los conceptos “social” y “sociable”, palabra esta última que pudiera equivaler a “socializada”, pues “la labor de la concienciación social se había desplazado a los *mass media*” (p.81).

Las voces de mujer que tuvieron cabida en *Poesía social* fueron cuatro, un número comparativamente significativo, aunque a mi entender nada demuestra acerca de la mayor o menor atención que el antólogo pudiera prestar a la poesía escrita por mujeres, la cual no parece haber sido desestimada nunca en compilaciones de carácter temático. Al punto cuarto le puso Bagué Quílez el título de marchamo montalbaniano “La segunda vuelta: una educación sentimental”. Ahí comenta tres incorporaciones a la antología, las de Jesús Lizano, Félix Grande, y Manuel Vázquez Montalbán, el primero un poeta del medio siglo, y nacidos los últimos en 1937 y 1938. En ambos observa, creo que con gran agudeza y pertinencia histórico-crítica, su intento de compatibilizar “el afán



rehumanizador con la libertad expresiva” (p. 89).

“Leopoldo de Luis, Carlos Álvarez y Antonio Hernández: trayecto iluminador de la poesía social”. Ese es el título, a un tiempo denotativo y connotativo, que le dio el escritor alicantino José Luis Esparcia a una ponencia en la que se centra en los autores mencionados, y lo hace mediante un enfoque en positivo de la poesía social, cuya singladura califica de iluminadora.

Entiendo que es del todo oportuno que Esparcia señale que se haya desmerecido el mensaje de algunos poetas sociales, y señaladamente el celayano “La poesía es un arma cargada de futuro”, y no se diga nada acerca de que muchos de los detractores de una propuesta voluntarista como esta, resulta que apenas tienen “futuro” literario alguno como avalistas de poéticas alternativas. Y al respecto recuerda que Antonio Machado había escrito en su “Retrato”: “Desdeño las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna”. Esta cita viene como anillo al dedo aquí, porque difícilmente cabe denostarla, y ayuda a calibrar la endeblez argumental de quienes hayan apostado por formulaciones poéticas prescindiendo de contenidos temáticos evidentes.

El caso es que la poesía social, al menos a través de sus mejores intérpretes, y como explica Esparcia, ha sobrevivido a su período histórico de vigencia, merced a una renovación infundida por poetas como los tres que estudia. Autores, que además de ser muy buenos poetas, resultaban incómodos para el régimen franquista —lo de incómodos, lo preciso y añadido por mi parte. Los postistas decían que lo revolucionario comenzaba por la forma poética, entre el regocijo tolerante y complacido de los dirigentes político-culturales de la época. Suscribo lo que Esparcia asegura sobre los poetas de referencia: “representan lo más vivo de la verdadera poesía social, a la que también tiene derecho la inmensa mayoría” (p. 114).

Profesor de la Universidad Miguel Hernández de Elche, y actualmente director de la cátedra que en dicha institución lleva el nombre del oriolano, a José Luis Ferris debemos el texto “Respirar por la herida: el poeta y los otros en la obra de Leopoldo de Luis y de Miguel Hernández”. En este trabajo se estudian temas compartidos por ambos autores, haciéndose hincapié en resonancias hernandianas sobre el cordobés. Los puntos principales de concurrencia son estos: la temá-

tica del hijo, la noción de la poesía como herida, y la superación de “la sombra”. Asienta Ferris su trabajo en la tesis indiscutible del impacto que tuvo sobre Leopoldo de Luis haber conocido a Miguel Hernández en Alicante en 1937, en circunstancias que ya hemos repasado con anterioridad. En el poeta de Orihuela vería una actitud ante las cosas y ante la literatura en la que lo prevalente era el nosotros por encima del yo. Este conciencizado biógrafo hernandiano pone de relieve a continuación el ascendiente del asunto paterno-filial en Miguel Hernández sobre el deluisiano, ejemplificándolo en *Alba del hijo* (1946), conjunto que se publicó al año siguiente de nacer Jorge Urrutia.

Siendo en Miguel Hernández y en Leopoldo de Luis “símbolo inequívoco de esperanza” (p. 119) la existencia del hijo, la esperanza la esgrimió también el oriolano en la capacidad de vencer a “la sombra” mediante un combate desde una poesía que concibió como un “respirar por la herida”, y muy apropiadamente se titula *Respirar por la herida* el libro de 2012, póstumo, del poeta cordobés. Diré por último que, en su recorrido analítico a través de la poesía deluisiana, Ferris señala huellas del oriolano en sus

textos poéticos, mayormente suscitadas por composiciones del *Cancionero y romancero de ausencias*.

José María Balcells  
Universidad de León